

aplauzo final acoge a las expedicionarias. El aire —el aire que nos trae la tierra— sabe a vino, a gloria bendita.

Fué el 13 de julio la fecha de la llegada.

A la Delegada Provincial la traían loca a fuerza de preguntarle:

—Ay, ¿por qué no ha venido Pilar?

La pregunta me parecía justa. Esta misma interrogación presidió el crucero: «¿por qué no ha venido Pilar?» He aquí cómo este viaje feliz tuvo para las muchachas un punto de amargura. Querían que la autora del milagro lo hubiese visto todo. Era bonito y justo.

Comimos en el hotel Taoro, con discurso y todo. Las chicas canarias tenían los nervios explicables de la despedida definitiva. A los postres llegó la noticia: había que suspender la función de la tarde y zarpar rumbo a Lisboa. El barco partió casi de incógnito. Oscureció al rato y veíamos las luces de Santa Cruz como belén veraniego que nos apretaba de melancolía. Alguien, en un rincón, canturreaba las coplas con que se despidieron las chicas de los nombres novelescos:

*La despedida te doy,
la despedida voy dando.
¡Qué bonita despedida
que me despido cantando!*

Con la llegada a Canarias parecía haberse marchitado definitivamente cualquier emoción. Lisboa nos devolvió a la vida. Una atonía final pesaba sobre el viaje.

Es bonito llegar a Lisboa un domingo por la tarde. Lisboa es más fácil de entender así. Está asomada a los balcones como una vieja provinciana, asomada a los miradores viendo el río y el mar.

Es bonito llegar a Lisboa un domingo por la tarde y ver cómo las buenas gentes —al

regresar de su paseo en los barquitos que brincan de una a otra orilla— saludaban la entrada peripuesta del *Albertia*. Y eso que enfilábamos el río vestido de paisano, sin el disfraz romero, sin la gala de gallardetes, sayas y refajos, sin los chistus y las gaitas, sin el traje de luces de los desembarcos, sin cánticos apenas. Ibamos de paquebote, modestamente. Pero las buenas gentes saludaban a la bandera española en popá. Y era el 13 de julio y todos pensamos en que doce años atrás la Península entera se estremecía con la gran voz rebelde, con la voz española que advirtió al mundo de un grave peligro nacional y universal.

En los muelles esperaban representaciones de la Embajada; y estaban Maruja y Lali. Y nos sentimos como en casa cuando nos dijeron: «Hay contraorden. Se desembarca ahora mismo y de folklore.»

Un poco antes del anochecer comenzó el baile. Las chicas se lanzaron a la pradera —aquí sí que no vale decir a la pista— para el cordial regocijo de la colonia española y de los invitados portugueses de don Nicolás Franco, cuya preferencia por los grupos gallegos era tan neta como disculpable. Ocorre que también las chicas gallegas lo consideraban más embajador suyo que de nadie.

El día siguiente se nos fué de Cintra a Estoril. Las máquinas fotográficas de las chicas se despepitaban ante el Palacio de la Pena, abrumadas por el paisaje y por la arquitectura.

Pasamos al borde de Estoril, ya urgidos de escenario, porque aquella noche, en el teatro Nacional, vestido de gala, debutaron por última vez en su viaje los diez grupos que quedaban en el *Albertia*. Es inútil que se lo cuente; me canso, aunque la monotonía del éxito no fatigó ni pizca.

Lo de Lisboa terminó pronto. A eso de las